

Jennifer Chambliss Bertman

EL ENIGMA DE LA GRAN ROCA



DESTINO

EL ENIGMA DE LA GRAN ROCA

JENNIFER CHAMBLISS BERTMAN

Traducción de Liwayway Alonso

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Alcatraz escape*
© del texto, Jennifer Chambliss Bertman, 2018
© de la traducción, Liwayway Alonso Mendoza, 2019
Todos los derechos reservados

© Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2019
ISBN: 978-84-08-20649-1
Depósito legal: B. 3.237-2019
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Capítulo 1

Errol Roy podía cruzarse por la calle con cualquiera de sus fans sin ser reconocido. Con aquel pelo blanco, ralo, que ya empezaba a clarear y le llegaba casi por los hombros, y una barba larga, algodonosa, manchada de amarillo, era más fácil que lo tomaran por Papá Noel que por el propio autor. Nadie había visto nunca a Errol Roy, aunque sus libros eran conocidos en el mundo entero.

Era un día de mediados de marzo y el escritor miraba por la ventana panorámica de su apartamento en San Francisco.

—Ha sido un camino muy largo, *Dash* —dijo Errol en voz alta a su gato, que estaba tendido en el alféizar de la ventana.

Dash contestó con un coletazo.

Errol estaba pensando en su libro favorito de todos los que había escrito. Dudaba que ninguno de sus lectores fuera capaz de averiguar cuál era entre las veintitantas novelas de suspense de las que era autor. Podía decirse que se trataba del

más oscuro: *Un cadáver en el callejón*. Era un título horrible. Quizá por eso no se había vendido muy bien.

En *Un cadáver en el callejón* hay un delincuente llamado Mickey Jones que siempre se encuentra en el sitio equivocado en el momento equivocado, pero por fin logra organizar el atraco a un banco con el que siempre había soñado. Al final del libro, navega hacia la puesta de sol mientras el detective que lo persigue mira cómo se escapa. El libro termina con esta frase: «El barco se perdió en el horizonte, dejando a su paso un rastro de anillos, como la cola desplegada de un pavo real».

Errol Roy había escrito millones de frases en su vida, pero aquella jamás la había podido olvidar. No le gustaban tanto las palabras como la imagen que evocaban y la sensación de libertad que le hacían sentir. Era un final que Errol siempre había querido utilizar en alguno de sus libros, pero resultó que a los críticos y a los lectores no les había gustado nada que perdiera el detective protagonista.

Dash se levantó y estiró una pata para dar un golpecito en la mano a su dueño, como intentando que Errol levantara la vista. A sus pies se extendía una colina horadada. En sus tiempos había sido una cantera, pero en la actualidad estaba cubierta de vides y arbustos. La imagen que se dibujaba al fondo parecía una postal de San Francisco.

En un día claro y despejado se veía desde el puente Golden Gate hasta el diminuto peñón de Gull Island, que acababa de aparecer en las noticias porque un par de chavales y su profesor habían encontrado allí un tesoro enterrado. Y en primer plano se encontraba Alcatraz.

Errol Roy descansó la mirada en la famosa antigua prisión, que en su día tuvo la reputación de ser a prueba de fugas. Alcatraz se había convertido en un destino turístico muy conocido, que atraía a viajeros de todo el mundo. Pronto iba a ser el escenario del último juego delirante inventado por Garrison Griswold, un editor y entusiasta de los juegos adorado por toda la ciudad.

Errol lanzó un suspiro.

El otoño anterior se había publicado su novela de intriga más reciente en medio de grandes celebraciones. Pero él no había participado en nada. Nunca participaba. Aquella decisión había surgido de manera espontánea hacía décadas y después había pasado a convertirse en un rasgo de su carácter. Era parte de su «desarrollo de marca», como se dice hoy en día en la industria editorial. Las novelas de misterio más populares de América, escritas por un hombre que también era un misterio. Una vez estaba haciendo cola en el supermercado detrás de una mujer que había colocado unas verduras, una caja de bollitos y su último libro de bolsillo en la cinta transportadora. La mujer y la cajera habían mantenido una animada conversación sobre sus libros, sin saber que tenían delante al autor.

Errol tenía planeado que su libro más reciente marcara el final de su carrera. Luego, con el anuncio de aquel nuevo juego de Garrison Griswold, supo que había llegado el momento de contar la última historia que llevaba dentro. Corría un gran riesgo, pero si algo lo sacaba de quicio era dejar cabos sueltos.

Al fin y al cabo, él era un novelista.

—Ha llegado la hora, *Dash* —dijo, y le dio la espalda al paisaje.

El gato maulló, con la esperanza de que esa hora fuera la de cenar, y saltó al suelo con agilidad. Cuando el hombre se acercó a la mesa del ordenador y no a la cocina, *Dash* volvió a maullar y curvó la cola en forma de signo de interrogación.

Errol se sentó en su silla y abrió el portátil. Se inclinó sobre el teclado y comenzó a escribir.



Capítulo 2

Emily Crane y James, su mejor amigo, corrían por un callejón de tierra que tenía a un lado una valla llena de pintadas y al otro una cubierta por una enredadera. El camino recorría una colina en horizontal. Emily no podía ver los edificios de dos y tres pisos que había por encima y por debajo, aunque sabía que estaban allí.

—Nos van a alcanzar —jadeó James.

Emily miró hacia atrás. A sus espaldas, hasta el arco emparrado por donde habían entrado, el camino seguía vacío. Pisaban con fuerza entre hierbas que les llegaban hasta las orejas. Un arbusto enorme asomaba por encima de una valla, como queriendo saltar al callejón para salir huyendo. El camino hacía una curva y al final de la misma estaba la salida, de vuelta a una calle del barrio de San Francisco donde vivían Emily y James.

—Ya casi estamos... ¡Lo vamos a conseguir! —gritó ella.

De pronto, una figura encapuchada apareció de un salto frente a ellos. Emily no se esperaba que les cortaran el paso por delante. James y ella trastabillaron un poco intentando cambiar de dirección y volver corriendo por donde habían venido. Antes de que pudieran dar la vuelta, se oyó un suave pop y un polvo morado les salpicó las camisetas.

—¡Os he pillado! —cacareó su amiga Maddie, y la capucha de la sudadera le resbaló de la cabeza.

Les sacaba casi un palmo a los dos, así que cuando levantó con un gesto victorioso su botella de plástico llena de harina de maíz coloreada y la estrujó, Emily y James volvieron a quedar rociados por una lluvia de polvo violeta.

—Estáis eliminados —dijo Maddie.

—¡Jolín, qué rabia! —James dio un zapatazo fingiendo sentirse ofendido.

Su remolino de pelo negro, al que James cariñosamente llamaba *Steve*, osciló indignado en lo alto de su coronilla, espolvoreado de morado.

—¿Sabes?, podías haber dejado que ganara el cumpleaños.

Maddie levantó la vista al cielo con un gesto de paciencia infinita.

—Sí, hombre, ¿y qué más?

James apuntó a Maddie con la botella de plástico y disparó una nube de polvo verde. Ella se apartó de un salto y solo le dio en el hombro. Soltó una carcajada y dijo:

—¡Demasiado tarde! ¡El equipo morado sigue siendo el ganador!

A sus espaldas se oyeron unos pasos. Cuando Emily se dio la vuelta vio que Devin, Kevin, Nisha y Vivian, el resto de sus amigos, bajaban por el camino. Devin había empezado en su equipo, pero él y su hermano gemelo se habían disparado el uno al otro con los polvos a los pocos minutos de comenzar el juego, con lo que Emily y James se habían quedado solos para defender al equipo verde.

—Ya te dije que podía llegar al final del camino antes que ellos, Vivian —gritó Maddie.

Vivian frunció el ceño. Prefería corregir antes que ser corregida, pero asintió y dijo:

—Buen trabajo.

Se la veía incluso más pulcra y arreglada de lo habitual, porque era la única del grupo que no llevaba la cara y la ropa manchadas de verde o de morado.

—¿Hemos ganado algo? —preguntó Nisha mientras se quitaba las gafas.

Intentó limpiarlas con la camiseta, pero solo consiguió esparcir el polvo verde por todo el cristal.

—Dame eso. —James le quitó las gafas a Nisha—. La parte de atrás de mi camiseta está limpia.

Tiró de una esquina de la tela hacia delante, se puso a frotar las gafas con fuerza y luego se las devolvió diciendo:

—Tu equipo se ha ganado toda mi admiración... Incluso tú, Maddie.

El historial de competitividad que enfrentaba a Maddie y James se remontaba a la época de primaria, mucho antes de que Emily conociera a ninguno de los dos. En los últimos tiem-

pos, aquella rivalidad se había tornado amistosa, cosa que a Emily le seguía pareciendo muy rara.

—Además, podéis quedaros las camisetas —añadió James.

Nisha se recogió la camiseta como una dama antigua que hace una reverencia con su enagua. Era la más pequeña del grupo y la camiseta le llegaba por las rodillas.

—Mi madre siempre me insiste en que tengo que usar más vestidos.

Maddie se quitó la camiseta de encima de la sudadera.

—Los ganadores también son los primeros en escoger la pizza —declaró.

James se encogió de hombros.

—Claro. Por cierto, ¡vamos a comer!

Llevó a todo el grupo de vuelta por el camino que había recorrido con Emily. El callejón salía a un jardín público, en pendiente y muy estrecho, dividido en terrazas, con escaleras que zigzagueaban por la cuesta. Subieron las escaleras, serpenteando entre rosales y lirios de día hasta que llegaron a la mitad de las mismas, donde la madre de James esperaba sentada en uno de los dos bancos con vistas a la bahía de San Francisco.

Sostenía dos cajas de pizza en una mano y con la otra se colocó las gafas de sol en la cabeza.

—Guau... —exclamó, al ver que llevaban las caras, los brazos, las piernas y la ropa manchados de verde y morado—. Vuestros padres me van a matar.

—Eso se lava, mamá. Ya te lo expliqué —dijo James.

Alargó la mano, veloz, y su madre chilló intentando esquivarlo, pero James fue más rápido y le embadurnó la mejilla de morado.

Ella se echó a reír:

—Tienes suerte de que sea tu cumpleaños —dijo.

El equipo de Maddie escogió sus porciones; luego lo hicieron los demás. Tras repartir servilletas y bebidas, la madre de James cogió las cajas vacías en equilibrio en una mano y empezó a subir por las escaleras que seguían colina arriba. Volvió la cabeza y les gritó:

—¡Vuestros padres os recogerán dentro de tres cuartos de hora!

Emily se sentó con James y Nisha en un banco; Maddie y Vivian lo hicieron en el otro banco, que estaba en la terraza de más abajo. Los gemelos se tendieron en los escalones que había entre los dos.

Todos comían en silencio hasta que Maddie preguntó:

—¿Os vais a presentar todos?

Se sentó a horcajadas en el banco para poder mirar a Vivian y a los demás, que estaban más arriba, detrás de las dos chicas.

Todos sabían que se refería a *Descifra la roca*, el juego que pronto iba a empezar y estaba organizado por el señor Griswold. Desde donde estaban sentados, comiendo, se veía Alcatraz, abajo, en el agua, enmarcado por el pasillo que formaban los edificios a ambos lados de la bahía.

Vivian dobló la servilleta y se la llevó a los labios.

—Mis padres no quieren que me pierda la clase de flauta, y, además, al día siguiente hay colegio.